

## PUESTA DE SOL

Me acuerdo bien: de negro ibas vestida;  
 un velo azul llevabas;  
 tus blondos rizos, hacia atrás echados,  
 caíante á la espalda;  
 y cual supremo adiós, el sol poniente  
 los ojos te besaba,  
 y en ellos reflejándose, encendía  
 palpitadoras ráfagas.

Tú corrias jovial, sin aguardarme,  
 por la espesura diáfana;  
 el musgo que te dió mullido asiento  
 hollaba tu ágil planta,  
 y en el incierto fondo de la selva,  
 á mi vista asombrada  
 te escondían las olas misteriosas  
 de la penumbra vaga.  
 Tendió sus tenues sombras el crepúsculo;  
 corrieron brisas rápidas,  
 agitando las hierbas vacilantes  
 y las trémulas ramas;  
 los suspiros del viento engañosos  
 aumentaron mis ansias,  
 é imaginé que huías alejándote  
 con blando rumor de alas.

## EL MANANTIAL

Del manantial en que bebes  
 tienen el color tus ojos.  
 Cuando en tus cerrados labios  
 el tímido beso tomo,  
 suena cual los arroyuelos  
 que alegran el bosque lóbrego.  
 Es tu voz viva y ligera  
 también, como los arroyos;  
 tiene sus notas alegres,  
 tiene sus tristes sollozos,  
 y del manantial recuerda  
 los hervideros sonoros.

También en tu risa vibran  
 los estallidos gozosos  
 del agua que arremolinan  
 saltos, corrientes y soplos.  
 Y dentro del alma tuya  
 fluye, escondido en el fondo,  
 raudal de ilusiones puras,  
 que desborda dulce y pródigo,  
 cual si la fuente en que bebes  
 vertiese en ti su tesoro  
 de frescas linfas, mezclándolas  
 con tus pensamientos todos.

## JUAN AICART

## LA CIGARRA

Soy el alegre, improvisador insecto,  
 que cuando el alba ríe  
 de la ardiente Canícula, en los árboles  
 emprendo mi canción de agudo timbre,  
 siempre igual como el curso de los años  
 y del sol que los rige.  
 Soy el verbo radiante del estío.  
 Cuando el bochorno meridiano rinde  
 al segador entre las rubias mieses,  
 y la sombra apacible  
 busca, donde tendido y jadeante  
 un soplo de aire halagador respire,  
 más que nunca feliz y jubilosa,  
 hago sonar mis agrios tamboriles.  
 Triunfa la luz, y nada más mi estrofa  
 se oye del campo en los extensos límites,  
 mi estrofa, que es la claridad del cielo,  
 trocada en voz para que aliente y vibre.

Como las mariposas, en el cáliz  
 de la flor, al abrirse,  
 bebo la limpia gota de rocío,  
 lágrima pura de la noche triste..  
 El sol omnipotente me da vida,  
 y aliento el aire libre.  
 Sócrates me escuchaba, y en sus versos  
 me nombraba Virgilio. Insecto humilde,  
 amado soy del vate y de los dioses.  
 Los tersos globos de mis ojos sirven  
 de espejo al sol, y mi rojizo vientre  
 es cual teclado de oro, que sensible  
 palpita. Mis cuatro alas transparentes  
 con nervios delicados, ver permiten

la pelusilla de mi negro lomo;  
y viva luz despiden,  
como el astro en las sienas del poeta,  
en mi frente engarzados tres rubies.

### EL LEON

Inmóvil, soñoliento, amodorrado,  
tras las barras de hierro,  
un enorme león, rey destronado,  
tendido estaba en el angosto encierro;  
respiración tardía  
el vientre, acompasado, le movía.  
Medio cerrada la pupila ardiente  
por el párpado obscuro,  
quizás imaginaba vagamente  
el bosque inmenso, el antro bien seguro,  
el desierto sin lindes, que al sol arde,  
las fuentes claras bajo el cielo puro.

La multitud curiosa, aunque cobarde,  
de pie quisiera verlo, enfurecido,  
desesperado, con gallardo alarde  
lanzar su indignación en un rugido.

Y exclamaba enojada:

«¿Esa es la horrible fiera no domada?  
¿Ese el rey de las líbicas arenas?  
¿Y un charlatán le palpa la quijada,  
y hunde la mano vil en sus melenas?  
¡Que se levante, y luzca su figura!»  
Entonces el guardián le dice: «¡Arriba!»  
y con pértiga dura

su perezoso despertar aviva.

El enorme león se ha levantado;  
mira al guardián tranquilo y sin cuidado;  
si hombre fuera, dijérase: «¡Qué necio!»  
Bostezo—es la expresión de su desprecio,—  
y se tiende después del otro lado.  
Porque sabe el león y toma en cuenta,  
que el domador odioso le atormenta  
cobarde, impunemente;  
que toda rebelión será entrenada;  
que es su fuerza impotente;  
que él, sin la libertad, no vale nada.

### GABRIEL VICAIRE

#### JUANA

La campesina Juana, con su abuela,  
cuando el día despunta, aún macilento,  
hacia la Feria va, feliz mozueta,  
á horcajadas montada en su jumento.

Cumplió—¡dichosa edad!—diez y ocho abrilés,  
y arde en sus ojos malicioso rayo;  
rebullen ya sus ansias juveniles,  
como pez en el río al brillar Mayo.

Nadie escuchó jamás con mayor gozo  
anécdotas de amor regocijadas,  
que refiere, flechándola, algún mozo  
cuando el cáñamo carda en las veladas.

Bajo los velos cándidos, no brilla  
de una monja la faz más fresca y pura;  
como un melocotón es su mejilla,  
como un melocotón que el sol madura.

El rucio, alborozado, va corriendo,  
orgullosos del peso dulce y blando,  
las orejas larguísimas irguiendo,  
las velludas narices ensanchando.

¡Hi-bo! ¡Hi-bo!... Sin aguijón ni azote  
cruza el llano veloz, sube la cuesta;  
no para nunca el cochinerito trote.....  
¡Hi-bo! ¡Hi-bo! ¡Hi-bo!!! ¡Sublime orquesta!

Juana, la pierna torneada y fina  
deja entrever bajo la limpia enagua,